

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 10, capítulo CLXVII

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 10, capítulo CLXVII

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo CLXVII

**González Ortega continúa activo contra
la prórroga**

Febrero a abril de 1866

CAPÍTULO CLXVII

GONZÁLEZ ORTEGA CONTINÚA ACTIVO CONTRA LA PRÓRROGA

Febrero a abril de 1866

Decidido a dar la pelea, el general González Ortega abandonó la ciudad de Nueva York y se trasladó a Texas, instalándose en San Antonio, donde lanzó un amplio manifiesto al pueblo de México en el que anuncia la publicación de algunos documentos que ha recibido apoyando su posición.

Por supuesto vuelve a examinar la decisión tomada por el gobierno, de prorrogar el período de Juárez e insiste que a él le corresponde asumir la Presidencia de la República.

Como se trataba de un voluminoso conjunto de documentos, los publicó en forma de folleto, remitiendo un ejemplar a cada uno de los gobernadores junto con la circular que se incluye en el presente capítulo.

Además se dirigió a diversos funcionarios otra circular. El ejemplar que reproducimos fue enviado a Juan José Baz a la ciudad de Nueva York, titulándolo diputado al Congreso de la Unión.

El Gral. Fernando Poucel le escribe el día 6 de febrero ya en San Antonio, comunicándole que, venciendo todo género de dificultades, se ha trasladado hasta esa ciudad para ponerse a sus órdenes.

Plácido Vega, desde San Diego California, escribe a González Ortega una más de sus peculiares cartas con promesas, anunciando que pronto regresará al país, que ha logrado sacar de los Estados Unidos parte del armamento y demás pertrechos de guerra que ese gobierno le tenía embargado y que muy pronto se unirá "a los buenos defensores de nuestra independencia a donde con toda seguridad puede contarme como un buen compañero y adicto amigo". Esta es la reacción de Plácido Vega

después de haber recibido la enérgica comunicación de Sebastián Lerdo de Tejada; consideró más conveniente pasarse al bando antigobiernista para eludir las responsabilidades en que había incurrido. Obsérvese que la carta fue enviada a González Ortega por conducto de Guillermo Prieto.

A mediados de febrero, Guillermo Prieto también se adhiere públicamente a la actitud de González Ortega y le envía una comunicación acompañándole las cartas que cruzó con Juárez en Paso del Norte, violando la intimidad que el mismo Prieto había solicitado.

Juárez escribe a Zarco a mediados de febrero, en respuesta a su carta de 5 de enero, indicándole que se siente satisfecho de que haya aprobado la decisión de prorrogar sus funciones como Presidente de la República y le informa que para llegar a ella, "medité mucho sobre la justicia, legalidad y conveniencia de ellas; las discutí concienzudamente con el gabinete y al fin adquirí la convicción más profunda de que debía dictarlas y sostenerlas como estoy dispuesto a hacerlo".

El coronel Togno y los señores J. Rivera, Juan N., Enrique Orestes, que también eran militares, pero cuya graduación no hemos podido averiguar, hacen declaraciones en Nueva York, el 20 de febrero, reconociendo al Gral. González Ortega como Presidente de la Suprema Corte y "por consiguiente, legítimo sucesor de don Benito Juárez".

Juan José Baz con habilidad se dirige a González Ortega indicándole que no le puede contestar su carta en forma oficial, porque ha dejado de ser diputado, toda vez que el Congreso no está en funciones y que se encuentra en el extranjero como simple mexicano. Está en contra de que se cree una división en el bando republicano, se interesa en que se restablezca y prestigie el gobierno en funciones.

Leandro Cuevas contesta a González Ortega indicando que no acepta la interpelación porque se considera diputado en funciones y que, por lo tanto, "ninguno de sus miembros puede ser interpelado por persona alguna sea de la categoría que fuere, ni por el Ejecutivo y el Judicial". Hace un análisis de la situación e indica que es lamentable que se hayan levantado dos banderas en el bando republicano y excita al Gral. González Ortega para que no autorice se le haga abanderado de una de ellas.

En cambio el Gral. Epitacio Huerta, que continúa en Nueva York, escribe una larga carta a González Ortega titulándola "Presidente interino Constitucional de la República Mexicana". En el primer párrafo y aun antes de presentar su argumentación, califica la decisión del presidente Juárez como "golpe de estado". Trata de justificar su actitud con una serie de referencias a partir del plan de Ayutla y concluye diciendo:

Don Benito Juárez ha concluido su período de mando y, nada, en mi concepto, puede autorizarlo legalmente para perpetuarse en el poder, ni menos para excluir de él al que la ley llama de una manera terminante.

Recordamos al lector que veintidós días después del golpe que Epitacio Huerta considera de estado, el presidente Juárez lo ascendió a general de división, jerarquía a que hace referencia en la presente carta.

El Gral. Alejandro García, desde Tlacotalpan, ratifica a fines de febrero la aceptación que tanto él como las tropas a su mando han hecho de los acuerdos tomados por el gobierno prorrogando las funciones del presidente Juárez.

El Sr. Francisco Ibarra, que había actuado como gobernador del estado de Puebla, en respuesta a la pregunta que le plantea el Gral. González Ortega, opina que la decisión tomada por Juárez "ha sido animada del celo y patriotismo que para el bien público siempre ha manifestado", pero agrega que, a su juicio, se ha excedido en la interpretación de las facultades extraordinarias que le concede el Poder Legislativo. Independientemente de ello, cree que es más importante conservar la unidad para poder seguir luchando en contra del invasor, por lo que ha resuelto acatar esos decretos porque "no conviene contribuir a que se levanten dos banderas que dividan al partido nacional".

El coronel Gregorio Méndez desde San Juan Bautista, continúa con toda actividad orientando al pueblo de Tabasco frente al problema creado por la prórroga del mandato del presidente Juárez y convoca a los habitantes de la capital del estado de Tabasco, quienes levantan un acta el

4 de marzo, apoyando el decreto expedido por el gobierno el 8 de noviembre.

Sin perjuicio de haber ya acusado recibo oficialmente de los decretos, el Gral. García Morales, desde Arizpe, Son., se comunica con el presidente Juárez en carta personal, manifestándole que está conforme con la decisión tomada por el gobierno.

Zarco, con la franqueza que siempre mantuvo en sus relaciones con Juárez, contesta la carta el 16 de febrero e insiste en su punto de vista. Tiene por legítimo el decreto prorrogando las funciones de Juárez, en cambio cree que se ha cometido un error al enjuiciar al Gral. González Ortega.

Pantaleón Tovar, enterado del folleto publicado por el Gral. González Ortega, envía una larga carta al Sr. Sebastián Lerdo de Tejada, en que presenta diversas reflexiones sobre la actitud de Juárez. Le molesta mucho que el periódico imperial *La Sociedad*, que se publica en la ciudad de México, haya salido a la defensa de González Ortega.

Haciendo una comparación muy forzada con el personaje que descubrió ante el pueblo el cadáver ensangrentado del César, dice que González Ortega ha hecho un gran daño "a la legalidad, quitándole el manto y haciéndola aparecer en enaguas, que, por su mal, no resultaron blancas".

El 17 de febrero se convoca al ayuntamiento de Tlacotalpan a una sesión pública extraordinaria, en que los integrantes manifiestan su decisión de seguir reconociendo a "Benito Juárez como Presidente de la República y legítimo representante de la soberanía nacional".

DOCUMENTOS

Febrero a abril de 1866

MANIFIESTO DE GONZÁLEZ ORTEGA AL PUEBLO MEXICANO

(San Antonio, febrero 3 de 1866)

Una palabra al pueblo mexicano:

Publico hoy los documentos siguientes por haberlo creído conveniente al objeto que me he propuesto llenar. Publicaré también los que reciba oficialmente en lo sucesivo.

Cuando mi conciencia marca el camino que debo seguir; cuando lo señala mi honor, ninguna influencia o interés humano tiene el poder suficiente para desviarme de él.

Digo esto, no por una necia y ridícula jactancia, sino porque a la nación conviene, en las difíciles circunstancias porque atraviesa, saber cuál será mi conducta. Mi deber no creo llenarlo con un silencio punible, sino poniendo aquélla de manifiesto de un modo sencillo y terminante, aun cuando esto importe una repetición de lo que puede leerse en la pequeña página pasada, de lo que puede encontrarse en mi manifiesto.

Ningún interés mezquino dirige mis actos, ni siquiera aquello a que pudiera darse, aunque legalmente y en cumplimiento de un deber, un carácter personal. De todo he hecho abstracción, menos de lo que he creído conviene al honor nacional. Oídme.

Hace pocos meses que decía al Sr. Viesca en las fronteras de México y de los Estados Unidos:

No vengo de una manera necia a trastornar el orden, vengo por lo mismo solo y de incógnito, después de rehusar el apoyo físico que me ofrecen mis amigos y si usted mismo me dijera que ponía a mis órdenes su estado y su apoyo para establecer un gobierno, rehusaría su ofrecimiento. Mi único objeto, por ahora, es verme

con el mismo Sr. Juárez y evitar, si aún fuese posible, todos los males que va a causar a la nación y preguntarle a usted bajo qué aspecto ha visto su conducta.

Quien habla y procede de esta manera, lleva por guía de sus actos los intereses de una nación. Además, a nadie me he dirigido preguntándole si reconoce o no un gobierno que he establecido o que voy a establecer.

Fácil me habría sido haber organizado uno con más o menos poder del que tiene el Sr. Juárez.

Fácil, digo, porque México es una nación que comprende sus derechos y yo tengo títulos legales y los poderes de esa misma nación, que no posee el Sr. Juárez: porque he gobernado muchos de los estados del interior de la República; porque he mandado los ejércitos de la nación y combatido como compañero con los que aún conservan las armas en la mano; porque mi posición política en México me ha dado vastas relaciones en aquel país; porque durante mi permanencia en San Antonio de Béjar no pocos jefes y oficiales y entre ellos varios generales de nombre y de prestigio, han venido a aquella ciudad a reclamar mi vuelta a la República, como centro legal de unión para la salvación de la independencia; porque he recibido cartas de jefes que mandan actualmente fuerzas en México y que llevan por guía la salvación de un principio, reclamando igualmente mi vuelta a la república, de cuyos documentos no hago uso en este cuaderno por tener hasta este momento un carácter confidencial; porque he visto la reprobación de la conducta del Sr. Juárez al romper la ley, no sólo por personas de alta representación política de Chihuahua, que es el estado que ocupa aquel señor, sino por los diputados de ese mismo estado, de cuyos documentos no hago tampoco uso ahora por tener igualmente un carácter confidencial, por no pertenecerme y porque no estoy autorizado para ello, pero sí lo estoy para decir: que uno de esos mismos diputados de alta representación política y social ha venido en comisión, atravesando centenares de leguas, tan luego como se sospechó que el Sr. Juárez intentaba pisotear sus deberes, para reclamar también mi vuelta a la

República y para decirme: que la representación del estado de Chihuahua reprobaba la conducta ilegal de dicho señor, lo que creo habrá hecho ya en toda forma; por último, porque el antiguo Presidente de la República ha destruido la única causa que hiciera al pueblo rodearlo de prestigio, y si existe hasta hoy políticamente en un rincón de aquel país, es por circunstancias tan excepcionales y tan conocidas de todos, que creo inútil referirlas.

Si el establecimiento de un gobierno me era fácil, como he dicho, no me era igualmente fácil convencerme de ser conveniente hacer representar a mi patria, en el escenario del mundo, el triste papel de un país que sostiene dos gobiernos para combatir con un poder extranjero, aunque uno de ellos, a la sombra de esta terrible circunstancia y no al abrigo de falta de virtudes nacionales, haya abusado, arrogándose poderes que no le confirió el pueblo. Pero sí he creído conveniente al honor de México y sólo al honor de México, no establecer por ahora el gobierno legítimo del país, en espera de que el Sr. Juárez devuelva a la nación lo que con abuso acaba de arrebatarse, o que la nación lo arroje para honor suyo del puesto usurpado; también he creído conveniente, a ese mismo honor, dejar consignado que México reprueba el escandaloso atentado de don Benito Juárez, como ha reprobado los de igual naturaleza; que lo reprueba, porque ha costado a la nación, la conquista de un gobierno legal, medio siglo de sangrientas luchas; que lo reprueba porque por ese mismo principio ha estado combatiendo, sin esquivar sacrificio, con una de las naciones más poderosas de la tierra; que lo reprueba porque de otra manera no tendría ya títulos para existir como una República independiente y soberana, supuesto que una nación que está rompiendo sus leyes, a voluntad de sus mandarines, ni puede garantizar su propia existencia, ni las conquistas del progreso y de la humanidad, ni aun siquiera los intereses comerciales de otras naciones y México, gracias a sus propios esfuerzos díganlo si no los documentos que hoy publico, se halla colocado ya en los escaños de los adelantos políticos del siglo, que lo reprueba porque así lo exige su honor, aun cuando tenga que sucumbir, porque una nación que lucha y que muere en sostén de un principio y al pie de su bandera, tiene el derecho de vivir en

el corazón de los otros pueblos, tiene el derecho de resucitar; no así la que sucumbe en defensa de un hombre; entre las vacilaciones de sus hijos y en medio del desorden producido por caprichos e intereses puramente personales, cuya nación no tiene siquiera el derecho de los honores del mundo, del apoteosis de la posteridad.

México, sin embargo, salvará su independencia, salvará los principios que tiene conquistados, salvará su honor.

Si los caprichos de la fortuna se empeñan en hacer imposible la salvación de lo primero, no acontecerá lo mismo respecto de lo último. El mundo todo es impotente para arrebatar el honor a un pueblo que ha luchado como el mexicano en torno de una sola bandera, en cuyos desgarrados [jirones] conservará sin duda, hasta el último momento, el emblema de un principio. Esto será la gloria ante el mundo de su triunfo o, en un caso adverso, remoto hasta hoy, el título más grande de su heroico martirio y de su muerte.

Se me dirá, como se me ha dicho, que Juárez ha procedido mal, pero que hacer esta confesión es desprestigiarlo y que con ello se perjudica la nación.

Mi punible silencio y el silencio de seis u ocho personas más ¿satisface a una nación que ha visto pisoteadas sus conquistas y su ley, por el mismo a quien las tenía encomendadas? ¿Da o puede dar prestigio ese silencio a un hombre que viola sus juramentos y falta a su deber? ¿Perjudica a una nación reprobar enérgicamente lo que no es recto y se hace en su nombre? ¿Ha perjudicado o perjudicará a México haber gritado ante el mundo, que la erección de un trono en el suelo de Hidalgo era el abuso del poder físico y la usurpación de los derechos del pueblo mexicano? ¿Pende acaso de nuestro juicio la opinión de México y la opinión del mundo? ¿Con nuestro silencio cambiaremos la naturaleza de las acciones haciendo a las malas buenas y a las buenas malas?

El prestigio de un funcionario público no lo da el silencio de esta o aquella persona, no la opinión de este o aquel ciudadano, sino el juicio inequívoco e imparcial de una sociedad, cuando la conciencia pública canoniza, por decirlo así, el recto y legal proceder de ese mismo funcionario.

Nadie ignora que mientras más difíciles y supremas son las circunstancias de una nación, es más grande y más honroso para ella mostrarse digna de sí misma, condenando lo que condenaría si se encontrara en la plenitud y en la majestad de su poder; reprobando lo que legalmente y sin poderes se hace en su nombre. Nunca se ve ni puede verse el heroísmo de los pueblos, ni el heroísmo de los hombres, sino cuando los acontecimientos los colocan en circunstancias terribles, excepcionales.

Publico hoy la correspondencia habida entre los Sres. Juárez y Prieto, relativa a la carta que mandé al primero por conducto del segundo sobre mis ofrecimientos al gobierno para servir a mi patria en el extranjero y de que hago mención en mi manifiesto. Para probar lo que dije en éste, sólo sería suficiente que el público supiera que se había recibido por el gobierno aquel documento; pero la correspondencia citada no sólo prueba esto, sino que lo recibió en mayo o junio, y que, según el dicho del Sr. Juárez, se contestó hasta septiembre, esto es: se dilató intencionalmente algunos meses la contestación de un negocio de la mayor importancia, diciéndose además que se daría la autorización que se solicitaba sin intención de darla, para que yo, en espera de esa misma autorización, permaneciera en el extranjero y el Sr. Juárez pudiera entonces decirle a la nación, por medio de un decreto, que abandoné la presidencia de la Corte, que permanecía sin licencia en el extranjero y que, de él, ni aun siquiera había dicho al gobierno cuándo volvería a la República.

Ya he dicho que jamás recibí contestación alguna del Sr. Juárez.

Publico la protesta y carta del Sr. don Joaquín Villalobos, tanto por el tino, acierto y moderación con que trata la cuestión legal, como para probar que hubo buenos liberales y buenos mexicanos, amantes de su patria, que aconsejaron con tiempo al Sr. Juárez el camino que le señalaba su propio deber, su propia conveniencia y el interés y el honor nacional.

La circular que publico al principio de los documentos fue escrita para dirigirse a sólo los gobernadores constitucionales de los estados. Creí después conveniente mandarla también a los diputados al Congreso

de la Unión. Cuando noté que se eludía una contestación categórica, por la razón de ser inviolables los diputados y no poder ser reconvenidos por sus opiniones, agregué a ella los tres últimos párrafos que no son otra cosa que la explicación de los primeros y que creí inútiles al principio por tratarse de un negocio concerniente a los derechos del pueblo, a los intereses de la democracia, al honor nacional.

No se repuso la referida circular a los Sres. don Francisco Zarco, Gral. don Felipe Berriozábal, y licenciado don Juan J. Baz y don Pantaleón Tovar, a quienes se remitió con el carácter de diputados, por haber manifestado dichos señores que había terminado el período constitucional en que ejercieron los poderes del pueblo.

Las contestaciones que he recibido de estos ciudadanos han venido en cartas particulares. En casi todas ellas se me dice que, por las razones arriba expuestas, no daban a esta correspondencia sus autores una forma oficial y que sólo entraban en algunas explicaciones en lo particular, por un acto de amistosa deferencia hacia mí. Si en lo personal agradezco sinceramente este caballeroso y decente proceder, no puedo como hombre público dar a luz los referidos documentos, porque no he tratado, ni intentado tratar, un negocio personal o particular, sino un asunto oficial que afecta altamente los intereses de México.

Por esta misma razón no publico dos cartas particulares que tengo en mi poder del Sr. diputado don Leandro Cuevas y otra del Sr. diputado don Cipriano Robert.

He respetado y respetaré siempre la opinión de cada ciudadano sea cual fuere. Por mi parte sólo he pretendido llenar, por ahora, los imprescindibles deberes que me impuso el pueblo mexicano, que me impuso la ley, que me señaló el honor.

Jesús González Ortega

GONZÁLEZ ORTEGA SE DIRIGE A LOS GOBERNADORES

Ciudadano gobernador constitucional del estado de...

Circular

Acompaño a usted un ejemplar de la protesta y manifiesto que he publicado en esta ciudad, respecto del golpe de estado dado por los Sres. don Benito Juárez y don Sebastián Lerdo de Tejada.

Destruídas por la guerra la representación nacional y las legislaturas de los estados, no quedan existentes del orden legal, sino los altos dignatarios de la nación que han recibido por el voto de los pueblos sus poderes y autoridad; por lo mismo me dirijo a usted preguntándole cuál es la conducta que ha observado respecto de la destrucción del orden legal y qué ha hecho para aprobar o contrariar aquel acto.

La nación tiene el derecho de saber en todo tiempo pero muy especialmente en sus horas de angustia y de prueba, cuál es la conducta que observan sus hombres públicos; a mi vez y colocado en ese rango como Presidente Constitucional de la Corte, creo tener la obligación de recabar los informes respectivos, para llenar, por ahora, uno de los deberes que me impone la misma nación y las circunstancias actuales en que se halla el país.

Si conservo hasta este momento solamente el título de Presidente Constitucional de la Corte y no hago uso del de Presidente interino de la República, en cumplimiento de un precepto de la constitución, es porque a la defensa de la independencia nacional no corresponde por ahora levantar dos banderas, aunque una lleve escrita la ley y la otra el abuso del poder y la traición a esa misma ley; pero esto no impone a la República la obligación de reconocer como legítimos algunos de los actos oficiales de don Benito Juárez, después del día 30 de noviembre último. Los intereses nacionales marcan ahora y marcarán en lo sucesivo

mi conducta; pero conciliaré siempre la defensa de la independencia con la salvación absoluta de la ley.

Bajo ningún aspecto debe usted suponer que esta nota lleva por objeto interpelar a usted sobre un negocio inútil, o para convertirme en juez de su conducta; no, más noble y elevado es el objeto de esta nota. La nación pasa por una crisis terrible: su código fundamental acaba de ser despedazado, en momentos en que la nación lucha con una potencia extranjera para salvar la forma de gobierno establecida en ese mismo código y defender su independencia. Un juramento solemne, mi honor, mi deber y los bien entendidos intereses de México, me imponen la obligación de hacer cuanto pueda para salvar lo primero, cuando la conquista de ese principio ha costado a la nación cruentos y dilatados sacrificios y mis sentimientos de mexicano me imponen el deber de hacerlo en términos de no perjudicar la segunda. Por esto he pretendido llenar ambos objetos, conciliándolos a la vez y, por la misma razón, no me he dirigido a las masas para que manifiesten su desaprobación de una manera tumultuosa, sino a los elegidos del pueblo, a los ciudadanos a quienes ese mismo pueblo dio sus poderes para que velaran por sus derechos consignados en la ley.

Para tiempos normales esa misma ley señala el orden y la forma con que cada autoridad y funcionario desempeña la misión que les encomienda el pueblo; para circunstancias extraordinarias no están señalados orden o forma alguna, pero la historia nos enseña que, en casos idénticos, sólo se ha consultado el modo de salvar los derechos del pueblo y el honor de un partido y por esto hemos visto que, de acuerdo, reunidos o separados, los gobernadores o diputados han protestado cuando han tenido lugar esos actos escandalosos en que se desgarran las leyes, que son la voluntad suprema de los pueblos.

Por las razones expuestas, me he dirigido a usted como representante del pueblo, aunque no se encuentre en ejercicio de sus funciones, para que con el carácter con que se halla investido se sirva decirme lo que estime por conveniente, haciendo a un lado fórmulas,

tanto porque no pueden llenarse ahora, como en atención a las circunstancias porque atraviesa el país.

Independencia, Libertad y Constitución, San Antonio de Béjar,
febrero 3 de 1866.

Jesús González Ortega

GONZÁLEZ ORTEGA
SE DIRIGE A FUNCIONARIOS MEXICANOS

Presidente Constitucional de la
Suprema Corte de Justicia de la República Mexicana

Circular

Ciudadano Juan José Baz,
diputado al Congreso de la Unión de la
República Mexicana
Nueva York

Acompaño a usted un ejemplar de la protesta y manifiesto que he publicado en esta ciudad respecto del golpe de estado dado por los Sres. don Benito Juárez y don Sebastián Lerdo de Tejada.

Destruídas por la guerra la representación nacional y las legislaturas de los estados, no quedan existentes del orden legal sino los altos dignatarios de la nación, que han recibido por el voto de los pueblos sus poderes y autoridad; por lo mismo me dirijo a usted preguntándole cuál es la conducta que ha observado respecto de la destrucción del orden legal y qué ha hecho para aprobar o contrariar aquel acto.

La nación tiene el derecho de saber en todo tiempo, pero muy especialmente en sus horas de angustia y de prueba, cuál es la conducta que observaron sus hombres públicos. A mi ver y colocado en ese rango como Presidente Constitucional de la Corte, creo tener la obligación de recabar los informes respectivos para llenar, por ahora, uno de los deberes que me impone la misma nación y las circunstancias actuales en que se halla el país.

Si conservo hasta este momento solamente el título de Presidente Constitucional de la Suprema Corte y no hago uso del de Presidente interino de la República, en cumplimiento de un principio de la constitución, es porque a la defensa de la independencia nacional no corresponde, por ahora, levantar dos banderas, aunque una lleve escrita la ley y la otra el abuso del poder y la traición a esa misma ley. Pero esto no impone a la República la obligación de reconocer como legítimos algunos de los actos oficiales de don Benito Juárez, después del día 30 de noviembre último.

Los intereses nacionales marcan ahora y marcarán en lo sucesivo mi conducta, pero conciliaré siempre la defensa de la independencia con la salvación absoluta de la ley.

Independencia, Libertad y Constitución, San Antonio, febrero 3 de 1866.

Jesús González Ortega

FERNANDO POUCEL RECONOCE A GONZÁLEZ ORTEGA

Ciudadano Gral. Jesús González Ortega,
Presidente Constitucional interino de la República Mexicana

No obstante las repetidas órdenes supremas que pudieron en diferentes épocas haber justificado mi separación del gobierno de México, sus indisputables títulos de legalidad me hicieron permanecer al lado del Sr. Juárez y allí me sostendría sin los decretos de 8 de noviembre, que son un atentado contra el orden constitucional.

Cuando el Gral. Comonfort, coligado con una parte del ejército, escudándose con sus recuerdos gloriosos y lisonjeado por las clases acomodadas, dio el golpe de estado, en mi esfera oscura me sustraje al movimiento del motín militar y no vacilé un instante en acatar al que entonces era Presidente de la Corte de Justicia y entró de luego al ejercicio del poder supremo.

En la lucha de la reforma tuve el honor de ser del número de los que compusieron aquel ejército que, victorioso en la capital, se ocupó de preferencia en ensalzar al primer magistrado de la nación, para hacer visible, en la gloria de su persona, el triunfo de la ley.

En la guerra presente, mientras más adversa nos ha sido la fortuna más inseparable he sido del gobierno y me es testigo el Sr. Juárez que al pisar el confín de la República, cuando parecía que tocábamos el término del territorio y el de nuestras esperanzas, fui de los pocos que llevaron hasta allí su fe y sus respetos al gobierno que conducía desgarrada, pero gloriosa, en sus manos la bandera nacional.

Los decretos de 8 de noviembre cambiaron la faz de las cosas y restituyeron al país a los tiempos en que un complot oscuro suplantaba la voluntad nacional y en que la razón, que es la ley, cedía el puesto a la arbitrariedad, que no es sino una manifestación de la tiranía.

Me encontré, más que otro alguno, obligado a separarme del que se seguía llamando gobierno, porque para un soldado no había ni siquiera excusa de que se retenía el poder para luchar, puesto que el mismo golpe de estado no pedía al país sino la indiferencia de los pueblos en cambio de la inacción del gobierno.

Vine arrastrando todo género de dificultades hasta este punto, para que usted, que tiene los títulos legítimos y el deber más imperioso de salvar la independencia y las leyes me viese a su lado y en la clase y de la manera que ordenara al encabezar las filas de los defensores de la independencia.

Hecha esta manifestación, cumplo con los deberes que el honor me impone y, si por cualquier motivo que yo respeto, no creyese conveniente su presencia en la república sin que por un momento se debilite la fe en mi causa, iré a combatir con cualquiera de los soldados que tienen en su mano nuestro estandarte, sin verme en la triste condición de pasar sobre las leyes y sobre el honor del país, para salvar la independencia, transigiendo con el atentado del Sr. Juárez.

De todas maneras servirán mis hechos de explicación de mis opiniones y de uno de tantos testimonios de que no recibí ni cumplí la consigna de romper con las armas los derechos de la nación.

Libertad y Reforma, San Antonio de Béjar, febrero 6 de 1866.

Fernando Poucel

PLÁCIDO VEGA SE COMUNICA CON GONZÁLEZ ORTEGA

San Diego, febrero 13 de 1866

Ciudadano general de división Jesús González Ortega.

Donde se halle

Muy distinguido amigo y señor:

Cumpliendo siempre con un deber de amistad y consideración, no he dejado de dirigir a usted mis letras, acompañándole, como lo hago hoy, las noticias que de interés público llegan a mi conocimiento, comunicándole (que) hoy, con placer, me encuentro en la línea y en camino para nuestra República, habiendo por fin sacado una gran parte del armamento y demás pertrechos de guerra que este gobierno tenía embargado y a más prohibido toda exportación de estas mercancías como usted debe saber. En tal virtud, muy pronto tendré el gusto de unirme a los buenos defensores de nuestra independencia a donde con toda seguridad puede usted contarme como un buen compañero y adicto amigo.

Los demás efectos de guerra, que quedaron en el puerto de San Francisco, espero también serán exportados pronto a nuestras costas y no dudo que con estos elementos podremos alcanzar grandes ventajas sobre el pirata invasor.

Por conducto de Guillermo, mi hermano, le dirijo ésta. Ojalá y logre verse con usted para que le haga interesantes explicaciones respecto a nuestra defensa nacional.

Deseo a usted toda clase de felicidades como su obediente servidor.

Plácido Vega

GUILLERMO PRIETO AVALA LA CONDUCTA
DE GONZÁLEZ ORTEGA Y ATACA A JUÁREZ

Ciudadano Gral. Jesús González Ortega,
Presidente Constitucional interino de la República Mexicana

La circunstancia de encontrarme enfermo de los ojos, me priva del placer de contestar de mi puño y tan extensamente como quisiera, su nota oficial fecha de anteayer. Me limito, por lo mismo, a remitirle en copia los documentos que llenan en un todo los objetos de que hace usted mención en su nota referida.

En el primero, que es copia de una carta dirigida a un amigo íntimo de Chihuahua, consta de la manera más espontánea mi opinión sobre el golpe de estado y mi opinión, expuesta en términos los más desnudos de toda otra pretensión que desahogar mi ánimo del sentimiento que le produjo la inesperada retención del poder supremo por el Sr. Juárez.

Tengo el honor de decir a usted que mi conducta fue en un todo consecuente con mis ideas; desde que sospeché la increíble claudicación del entonces primer magistrado de la República, le manifesté personalmente y con la mayor energía, las consecuencias funestas de su atentado; esforcé en público mi desaprobación; buscando un pretexto plausible, para evitar todo escándalo, puse mi renuncia, que no se admitió; aludí en mi discurso de 16 de septiembre a todo lo que ganaría el Sr. Juárez desviándose del camino de la usurpación; hice borrar mi nombre cuando se trató de la publicación de los decretos del *Periódico Oficial* que redacté gratuitamente durante dos años y, por último, me retiré, atravesando el desierto, al extranjero, para apartarme de una reunión de personas que pretendía imponer a la nación, como leyes, sutilezas escolásticas, que rechazará, sin duda, su buen sentido.

Los segundos documentos que le remito son copias de cartas que cambié con el Sr. Juárez; ellas justifican que puse oportunamente en manos de aquel alto funcionario la que usted le remitió por mi conducto; que tuvo conocimiento de que se encontraba usted en el extranjero y de que permanecería algún tiempo en él; que no me dio la más leve prueba de desaprobación del manejo de usted y, por último, que no le contestó sino hasta el 7 de septiembre en días en que ya era público que existía en el gabinete el pensamiento del golpe de estado.

Creo con lo expuesto dejar contestada la nota de usted; en cuanto a mí, me queda la satisfacción de haber cumplido hasta donde era posible mis deberes.

Independencia, Libertad y Constitución, San Antonio de Béjar,
febrero 15 de 1866.

Guillermo Prieto

ZARCO CONFORME EN LA PRÓRROGA DE JUÁREZ

El Paso (del Norte) febrero 16 de 1866

Sr. don Francisco Zarco

Mi estimado amigo:

Recibí la carta de usted de 5 de enero y celebro que sea de la aprobación de usted mi resolución sobre prórroga de mis funciones como Presidente Constitucional de la República. Antes de acordar esa medida, lo mismo que la de enjuiciamiento del Gral. (González) Ortega, medité mucho sobre la justicia, legalidad y conveniencia de ellas; las discutí concienzudamente en el gabinete y al fin adquirí la convicción más profunda de que debía dictarlas y sostenerlas, como estoy dispuesto a hacerlo. Público y notorio es que (González) Ortega, engañando al gobierno, permaneció en el extranjero sin licencia ni comisión de éste y siendo Presidente de la Corte de Justicia y general del ejército de la República. Estos delitos no debían quedar impunes a pretexto de que el Congreso no existía, porque en ningún país del mundo deja de castigarse a los delincuentes por la razón de que no hay juez para ellos. Si por algunas circunstancias no puede abrirse el juicio de pronto, la autoridad, por respeto a la moral pública y por el bien de la sociedad, los asegura y a su tiempo los pone a disposición de su juez; pero nunca permite que el delincuente insulte con su presencia a la autoridad y a la ley disfrutando de la libertad de que ha abusado.

En ese mismo caso no sólo ha podido el gobierno disponer el aseguramiento de (González) Ortega sino que, en vista de la notoriedad de su falta, ha podido, en uso de sus atribuciones, mandar abrir el juicio por lo que respecta al delito común que ha cometido. Esto no importa una

condenación sin previa audiencia del presunto reo. Se le sujeta a juicio para que se le oiga y se defienda. Si el fuero no ha de servir, como ha servido muchas veces por desgracia, (sino) de escudo a los criminales contra la ley y la sociedad, el procedimiento del gobierno en este asunto es de rigurosa justicia.

Si el gobierno, a sabiendas de que (González) Ortega era delincuente, lo hubiera dejado con el título que le dio de Presidente de la Corte, sin entregarle la Presidencia de la República el 1º de diciembre, la guerra civil habría sido indefectible, porque de la notoriedad de un delito se habría presentado en cualquier punto de la República con un título legal de jefe de la nación declarándose presidente en ejercicio y atacando mi autoridad prorrogada. Los jefes que mandan fuerzas lo habrían reconocido, toda vez que el mismo gobierno había tolerado un delito dándole un título legal que ya había perdido de hecho con su deserción. Esto habría sido fomentar la anarquía que se quiso cortar con la prórroga. Decretar la prórroga sin esa medida que la moral, la justicia y la conveniencia pública exigen, habría sido, según la antigua costumbre que tanto ha perjudicado a nuestro país, de hacer las cosas a medias por consideraciones indebidas y por una pusilanimidad criminal. Se dirá que de todas maneras (González) Ortega se lanzaría a la rebelión por despecho. Que lo haga si puede; pero no es lo mismo promover un motín como particular o delincuente que hacerlo con un título de general.

No tenga usted, pues, cuidado por los resultados. Los dos decretos de 8 de noviembre los hice publicar en el *Periódico Oficial* y ya circularon con la profusión que era debido. De lo contrario (González) Ortega y sus partidarios habría tenido una ocasión plausible para atacar y desconceptuar al gobierno diciendo que éste mismo se espantaba de su obra y por eso le negaba la publicidad.

Soy de usted; etc.

(Benito Juárez)

MILITARES RESIDENTES EN NUEVA YORK
RECONOCEN A GONZÁLEZ ORTEGA

Los mexicanos abajo firmados, residentes ahora en Nueva York, por no reconocer ni el llamado imperio de Maximiliano, ni la intervención extranjera, conociendo:

Que la base legítima para el sostenimiento de los principios democráticos y de la nacionalidad de la República Mexicana, consiste en obedecer ciegamente el pacto fundamental que constituye a dicho país y, por último, que cualquiera mexicano que viole el referido código, se hace no sólo indigno de consideración, sino aun acreedor al más severo castigo; han acordado lo siguiente:

1º Protestan contra el decreto de don Benito Juárez, del día 8 de noviembre de 1865, en el cual dicho señor se declara Presidente de la República.

2º Reconocen como Presidente de la República Mexicana, por el tiempo que la ley designa, al ciudadano Gral. Jesús González Ortega, Presidente de la Suprema Corte de Justicia y, por consiguiente, legítimo sucesor de don Benito Juárez.

3º De esta acta se mandará un original al ciudadano Jesús González Ortega, para que haga de ella el uso que le convenga y otro original se reservará para lo que fuere necesario.

Nueva York, 20 de febrero de 1866.

Juan Togno
Coronel del ejército
mexicano
J. Juan N.

J. Rivera

Enrique Orestes

HÁBIL RESPUESTA DE BAZ A GONZÁLEZ ORTEGA

New York, febrero 23 de 1866

Sr. don Jesús González Ortega

Mí estimado amigo:

El día de hoy he recibido una circular fechada en San Antonio de Béjar el 3 del corriente, en la cual me pregunta usted qué conducta he observado con relación a los decretos expedidos por el ciudadano presidente Benito Juárez, en 8 de noviembre del año próximo pasado.

Para hacerme tal pregunta se apoya usted en el derecho que tiene la nación de saber cuál es la conducta de sus hombres públicos. Yo reconozco y acato ese derecho y cumpliré con la obligación que él me impone cuando llegue el caso, es decir, cuando la nación me exija cuenta en mi conducta; pero usted me permitirá que haga una distinción entre la nación y usted y que no me crea obligado a responder a las preguntas de usted como si fueran exigencias de aquélla.

Se dirige usted a mí en mi calidad de diputado y si bien, formando parte de un Congreso y en ejercicio de este encargo, tendría que manifestar mi opinión cuando oficialmente se examinaran los actos del gobierno, no tengo la obligación de manifestarla cuando aisladamente me la preguntan. Por otra parte yo fui electo diputado por dos años que empezaron a correr el 13 de septiembre de 1862 y concluyeron en 13 de septiembre de 1864, de manera que ya no lo soy ni me consideraré como tal si no es que por algún motivo extraordinario fuese yo llamado a desempeñar ese encargo.

Usted mismo dice que la defensa de la independencia del país exige no se levanten banderas contrarias; siguiendo esta regla y en mi

calidad de simple mexicano, lejos de mezclarme en calificar los actos del gobierno, procuraré, como lo creo de mi obligación, que se robustezca y prestigie.

En tal virtud y no resultando utilidad pública de que yo exprese mi opinión, espero que usted me excuse el que no le dé contestación a sus preguntas.

Por las mismas razones de no tener un carácter público y no querer juzgar de las cuestiones públicas ni de los actos de mi gobierno, me dirijo a usted, en lo privado, sin que esto implique calificación alguna respecto del carácter oficial de usted.

Queda suyo como siempre.

Juan J. Baz

LEANDRO CUEVAS REPUGNA SE LEVANTEN DOS BANDERAS

(Nueva York) Su casa, febrero 23 de 1866

Sr. Gral. don Jesús González Ortega
Presente

Muy señor mío y amigo de mi atención:

He recibido la circular que usted se sirvió dirigirme desde San Antonio Béjar fechada en 3 del actual, en que me adjunta un ejemplar de la protesta que hizo también desde ese punto, a consecuencia de los decretos de 8 de noviembre último, expedidos por el ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional y su ministro Sebastián Lerdo de Tejada en aquella fecha, concluyendo usted por preguntarme, qué es lo que he hecho para contrariar o aprobar aquellos actos.

Me permitirá usted que no le conteste oficialmente la citada nota porque siendo, como usted sabe, un miembro del Congreso de la Unión, que es el primero de los supremos poderes de la nación y que goza de absoluta independencia y supremacía, ninguno de sus miembros puede ser interpelado por persona alguna sea de la categoría que fuere, ni por el Ejecutivo y el Judicial, sólo en los casos determinados por las leyes del fuero común, pues aun son inviolables los diputados un año después de terminado su período; así es que si yo contestara a usted oficialmente pasaría por un ignorante y contraería una responsabilidad no sólo ante el mismo cuerpo a que tengo el honor de pertenecer, sino ante la nación puesto que cometía una infracción de ley.

Informar a usted qué he hecho para aprobar o contrariar aquellos actos, repito que sería faltar a mi deber y tanto como declarar que empuñaba una de esas banderas que usted confiesa no corresponde por

ahora levantar y que sólo representaría una cuestión intestina, en cuyo escándalo no quiero tomar parte, por la delicada crisis que atraviesa la república.

En lo particular diré a usted que siendo adicto al orden, he lamentado y reprobado siempre cualquiera infracción o descarrío de mis conciudadanos; que soy amigo sincero de los hombres, pero nunca ciego partidario de ninguno y mucho menos si su conducta no lo hace acreedor a ello y creo que la situación desgraciada en que está nuestra infortunada patria, es debido en parte a la falta de celo, buen juicio, moralidad y pureza que hace años ha faltado en algunos de sus gobernantes y en muchos de sus servidores, que lo deben todo al suelo en que nacieron y le han pagado mal, no cumpliendo exactamente con sus deberes y llegando otros a mancharse con el afrentoso y horrible crimen de traición.

En estos momentos solemnes, señor general, yo no deseo ni pienso en otra cosa que la salvación de la patria y la independencia, en la unión íntima de todos los mexicanos que tengan en su corazón firmeza y constancia y que sean entusiastas para batir al enemigo común, a ese invasor que nos arrebató las libertades que nos legaron los antiguos insurgentes y que hoy las defienden los soldados de la patria. Sin patria no tendremos territorio, ni habitantes en que hacer efectivas las instituciones que el pueblo mexicano se dio, ni en qué hacer efectiva la legalidad, ni tribunales ante quienes exigirse la responsabilidad de los que no hayan cumplido con sus deberes y contribuido a los males de la patria.

Al saber que usted se halla hoy en esta ciudad de Nueva York, celebro infinito que usted, como es natural, tenga la firme resolución de atender a los intereses nacionales y volver al territorio a continuar la defensa de la independencia, pues, una vez salvada ésta, se conseguirá todo lo demás y a usted lo honrará siempre y lo elevará infinitamente, no autorizar que en situación tan delicada se levanten dos banderas y que, de esta manera, se debilite la acción de los que combaten por la patria. Llegando al punto de salvación, serán vindicados los que con injusticia se encuentren lastimados en su reputación y todos los hombres de lealtad, honor y patriotismo se empeñarán en que los que hayan incurrido en

responsabilidad, sientan el peso de la ley, respondiendo de sus actos y conducta.

Yo, señor general, sigo aquí adonde vine no por mi voluntad sino por orden suprema al desempeño de una comisión, pero sin recursos, que estoy cierto que no se me pudieron ni se me pueden dar; así es que al terminar esa comisión y restablecido de mi salud, si otra cosa no se me ordena, emprenderé mi marcha hacia el territorio mexicano tan luego que me sea posible.

De esta contestación me considero obligado a dar conocimiento a mis compañeros los diputados. Creo, en fin, que la franca manifestación que acabo de hacer no disminuirá en nada la amistad con que distinguido a su afectísimo amigo y seguro servidor que besa su mano.

Leandro Cuevas

EPITACIO HUERTA CONTRA LA PRÓRROGA
EN NOMBRE DE MICHOACÁN

Ciudadano general de división Jesús González Ortega,
Presidente interino Constitucional de la República Mexicana

General de división:

Tengo la honra de acusar a usted recibo de la circular que, con fecha 3 de este mes, se ha servido dirigirme para saber mi opinión respecto del golpe de estado dado por los Sres. don Benito Juárez y don Sebastián Lerdo de Tejada, con sus decretos del día 8 de noviembre del año próximo pasado.

En contestación a la citada circular, es de mi deber empezar por manifestar a usted que mi período ordinario de gobernador constitucional del estado de Michoacán terminó el 16 de septiembre del año pasado; que a consecuencia de la guerra extranjera pedí una licencia a la legislatura del mismo estado para separarme del gobierno y dedicarme a disponer las fuerzas que deberían marchar a sostener el decoro y la independencia de la patria; que por tan justo y necesario objeto, el Congreso del estado accedió a mi solicitud y, en cumplimiento de un artículo de la constitución particular de Michoacán, nombró interinamente para sustituirme al ciudadano diputado Antonio Huerta, quien en virtud de ese nombramiento entró en posesión del gobierno y recibió a la vez, por un voto de confianza de la misma legislatura, la facultad de conservar el carácter de gobernador interino, hasta que hubiera nueva elección en el caso que muriera en campaña o llegase, por la prolongación de la guerra con los invasores, a expirar el término de mando del gobernador constitucional.

Supuesta esta aclaración, me es satisfactorio seguir contestando la circular de 3 de febrero, con el carácter de último gobernador constitucional que he sido del estado de Michoacán y que ha recibido su noble y elevada misión del sufragio popular. Con este paso no creo vulnerar las leyes de que fui depositario por la voluntad del pueblo, porque mi respuesta no lleva la mira de intentar perpetuarme en un puesto que ya no poseo, ni de querer usurpar un título que no me pertenece y que sólo honra y hace respetable al funcionario público que lo ha recibido por el voto popular de sus conciudadanos. Por lo mismo deseo que, al emitir mi opinión sobre el golpe de estado dado por los Sres. don Benito Juárez y don Sebastián Lerdo de Tejada, reciba usted y el pueblo de Michoacán mi voto como el sentir de la autoridad suprema, que estaba encargada constitucionalmente del gobierno de tan digno Estado; por no existir hasta hoy otra de elección popular que pudiera, en las circunstancias presentes, hablar en nombre del referido estado.

Por tal motivo, mi voz que desde el extranjero se levanta para señalar a Michoacán el desprecio que se ha hecho de su constitución política, con el golpe de estado que el 8 de noviembre último tuvo lugar en El Paso del Norte, no creo permanezca aislada, porque sea oída con frialdad, ni que aquel hecho escandaloso encuentre en aquel noble estado la más ligera aquiescencia que empañe el brillo del respeto tradicional con que su pueblo ha visto constantemente a sus leyes.

Conozco demasiado sus sentimientos y, mejor aún, su obediencia a sus legítimas autoridades; porque, además de ser nativo de dicho estado, he tenido la honra de estar a la cabeza de su administración durante ocho años, sin que jamás el orden constitucional haya sido quebrantado allí; por el contrario, los hijos de Michoacán, entusiastas y acérrimos defensores de la legalidad, han sido siempre la muralla donde los ambiciosos que quisieron burlar la ley encontraron las tristes consecuencias de sus errores; dígalo el memorable atentado de don Ignacio Comonfort. Sobre todo, nunca hemos juzgado, Michoacán y yo, que las leyes de una República debían tener otra creación que la voluntad del pueblo; nunca hemos creído tampoco que, una vez fijadas esas leyes, tenía alguno el derecho de violarlas.

Don Benito Juárez, a quien un ciego e inesperado extravío ha hecho romper la forma constitucional de su país y que hoy empuña un estandarte revolucionario con la misma mano que acababa de empuñar la bandera de la patria, no tiene ni podrá tener mi consentimiento para el decreto del día 8 de noviembre del año próximo pasado.

Desde la inolvidable época de Ayutla y para arrojar al déspota que oprimía al suelo mexicano, me lancé a los campos de batalla en busca, no sólo de la gloria que debía dar el triunfo del pueblo sobre sus tiranos, sino del terreno que ese mismo pueblo debía encontrar para constituir formalmente a la nación y leer en las páginas de un código sagrado cuáles eran sus obligaciones y derechos.

Nunca las infracciones de las leyes, ni la desobediencia a los supremos poderes constitucionales, han venido a poner una sombra en mi vida pública; por el contrario, siempre que la carta fundamental del país se halló amenazada, los hijos de Michoacán y yo nos encontramos prontos a sostenerla.

Don Benito Juárez, víctima del vergonzoso golpe de estado dado por don Ignacio Comonfort, sabe perfectamente que en las filas del ejército constitucional, organizado para defender la suprema autoridad de la República, me he hallado siempre dispuesto a sostener la ley y a morir antes que consentir en que se violara, por la muy elevada estimación que tengo a una de las más grandes conquistas que ha hecho con su sangre el pueblo mexicano.

Los sucesos de la guerra extranjera no son más pequeños testigos respecto de mi obediencia a las leyes. Prisionero de guerra en Puebla y llevado a Francia, jamás he reconocido otra causa que la de la República ni he obedecido más autoridad que la que el pueblo y el código fundamental de mi país me obligaban a obedecer.

Sin embargo, esa obediencia tiene naturalmente sus límites y así como sería, a mi entender, un crimen desconocer a la legítima autoridad, creo también que sería un crimen, mayor aún, reconocer al que ilegalmente se arroga el poder.

Don Benito Juárez ha concluido su período de mando y, nada, en mi concepto, puede autorizarlo legalmente para perpetuarse en el poder,

ni menos para excluir de él al que la ley llama de una manera terminante. De consiguiente, el Sr. Juárez no es ya para mí sino un individuo y el Presidente Constitucional de la Suprema Corte de Justicia es el único que debe interinamente regir los destinos de mi patria.

Por lo tanto, ya sea como último gobernador constitucional hasta hoy del estado de Michoacán o ya como general de división del ejército de la República Mexicana, sírvase usted admitir mi opinión que respetuosamente le envío en esta contestación, en armonía con el espíritu de la circular citada, que habla especialmente a todos los individuos honrados por el voto de los pueblos para velar en todo tiempo por sus derechos, en los diversos puestos a que fueron elevados, cuando el régimen constitucional marchaba con pleno y absoluto dominio.

Protesto a usted las consideraciones de mi elevado respeto.

Independencia, Libertad y Constitución, Nueva York, febrero 25 de 1866.

Epitacio Huerta

ALEJANDRO GARCÍA INFORMA
SOBRE LA ACEPTACIÓN DE LA PRÓRROGA DE JUÁREZ

Tlacotalpan, febrero 26 de 1866

Sr. don Benito Juárez,
Presidente de la República Mexicana
El Paso del Norte o donde se halle

Muy señor mío y respetable amigo:

Ayer he recibido, en copia certificada por el Sr. ministro Romero, la apreciable carta de usted fechada el 10 de noviembre del año próximo pasado, en que me habla usted de su decreto prorrogando el período de sus funciones de Presidente de la República; del nombramiento del Gral. Díaz para jefe de la línea de oriente quedando yo de segundo en ella; de la equivocación que hubo en el gobierno supremo al enviar a don Manuel López Orozco el grado de general, cuando no es más que teniente coronel y de la aprobación que han merecido mis actos conocidos del mismo supremo gobierno.

Todo esto lo tengo contestado a usted y a los respectivos señores ministros en mis anteriores comunicaciones, por cuya razón me limito a dar a usted las más expresivas gracias por haber aprobado las disposiciones que tomé por estos rumbos inmediatamente después de la caída de Oaxaca, pues aunque a la coalición formada entonces en los estados de Chiapas, Tabasco y Veracruz, se debe la posición que hoy guardamos por aquí y en no haber caído en una disolución completa, como ella es contraria a la fracción 1ª del artículo 111 de la constitución, por más sanas y patriotas que fueron mis intenciones al formarla, según lo he probado, necesitaba yo la aprobación de usted en el particular.

Ya dije a usted en mi carta anterior, de 14 del actual, que desde el día 1º del mismo, antes con mucho de recibir oficialmente el decreto y demás documentos que prorrogan el tiempo de la presidencia de usted, dirigí una circular a las autoridades de la línea para explorar la voluntad de los pueblos en particular y una carta con que precisaba más la cuestión, manifestando la opinión del cuartel general en favor del orden existente. De todas partes he recibido la seguridad de que la opinión es unánime en que usted siga con la alta investidura de Presidente de la República, mientras puede hacerse la elección constitucional; ya estoy recibiendo las actas relativas que estoy publicando en el *Boletín Oficial* en planillas aparte para poder formar expedientes separados y tengo el gusto de acompañar a usted los dos pliegos tirados hasta la fecha. Hoy los remito también al Sr. Romero, por lo que pueda convenir en los Estados Unidos y seguiré haciendo lo mismo con ambos cada vez que haya lugar oportunamente, reservándome el envío del expediente completo al ministro de gobernación, para la debida constancia. Repito a usted lo que en mi anterior le dije en el particular, esto es que, aunque no puedo enviarles todavía todas estas actas, puede usted obrar como guste, en la inteligencia de que toda la línea de oriente vota de la misma manera.

Sabe usted ya la gran necesidad que tenemos en armas y municiones y como el Gral. don Pedro de Baranda, mi comisionado ante el Sr. Romero, me dice últimamente que le entregarán algunas entre este señor y el Gral. Sánchez Ochoa, quedando pendiente su remesa de conseguir dinero para fletar el buque que las ha de traer, le remito ahora 1,000 pesos que, unidos a otros 1,000 que le remití el día 14 del corriente, me parece lo necesario para salvar aquella dificultad, aunque no sé la cantidad que se ha conseguido de esos artículos de guerra para esta línea. Cuidaré de comunicar a usted el resultado definitivo de este negocio, como es mi deber.

Ninguna novedad digna de mencionar a usted ha ocurrido en la línea desde mi carta del 14. Extrajudicialmente sé que el Gral. Díaz está en Tlaxiaco, pero no lo puedo asegurar, porque por más diligencias que

he seguido haciendo para comunicarme con él, no lo he logrado hasta hoy.

Con la esperanza de que usted me seguirá favoreciendo con sus apreciables letras, me repito su afecto servidor y amigo q. b. s. m.

Alejandro García

IBARRA INCONFORME CON LA PRÓRROGA,
LA ACATA PARA CONSERVAR LA UNIDAD

Ciudadano Jesús González Ortega,
Presidente Constitucional de la Suprema Corte de Justicia
de la República Mexicana

Declarado en estado de sitio el estado de Puebla cesé desde luego en el ejercicio de las funciones del gobernador constitucional del mismo estado. Posteriormente, mi deber y los acontecimientos de la guerra me obligaron a no residir en ningún punto ocupado por el invasor, continuando siempre al lado del gobierno constitucional de la República, hasta que éste tuvo que dirigirse al estado de Chihuahua, adonde no me fue posible seguirlo por las difíciles circunstancias y acontecimientos que tuvieron lugar en Monterrey, cuando se vio amagado por distintas fuerzas enemigas y, no teniendo otra salida que la del puerto de Matamoros, tuve la precisión de emigrar al extranjero, pero siempre con conocimiento del supremo gobierno en espera de sus órdenes.

He recibido la circular que con fecha 3 del presente me dirige usted desde San Antonio de Béjar como Presidente Constitucional de la Suprema Corte de Justicia de la República Mexicana y en debida contestación a ella tengo el honor de manifestarle que, impuesto de los decretos de 8 de noviembre próximo pasado, expedidos por el ciudadano Benito Juárez y de la protesta de usted de 21 de diciembre del año anterior, he meditado concienzudamente las trascendencias que de estos actos puedan originarse a nuestra patria. Estoy convencido plenamente de que el Sr. Juárez, al dictar aquéllos, ha sido animado del celo y patriotismo que por el bien público siempre ha manifestado; sin embargo, me parece que la interpretación dada por su gabinete, al tomarse aquella resolución, no cabe en el sentido estricto de la constitución de 1857, ni en

las facultades extraordinarias que le concedió el Poder Legislativo y persuadido, además, de que esta cuestión tocaría resolverla a la representación nacional, toda vez que ésta no existe por las circunstancias anormales del país, entiendo que como aquélla sea la única que pueda y deba decidirla en el caso, mi resolución es y ha sido acatarla, pues de otra manera creo, como usted, que a la defensa de la independencia del país no conviene contribuir a que se levanten dos banderas que dividan al partido nacional.

Independencia y Libertad, Nueva York, febrero 28 de 1866.

F. Ibarra

SAN JUAN BAUTISTA CONFORME CON LA PRÓRROGA

Acta levantada en la ciudad de San Juan Bautista, capital del estado de Tabasco, apoyando el decreto de 8 de noviembre de 1865, que prorroga el período presidencial del ciudadano Benito Juárez.

En la ciudad de San Juan Bautista de Tabasco, a los 4 días del mes de marzo de 1866, reunido el pueblo de esta capital por excitativa del ciudadano gobernador y comandante militar del estado, con el fin de manifestar libremente si aceptan o no la prórroga del período presidencial, decretada en el Paso del Norte el 8 de noviembre del año próximo pasado, por el ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos y, habiéndose propuesto para regularizar este acto, que se nombrara un presidente y un secretario, fueron electos, por aclamación, el ciudadano gobernador para ocupar el primer puesto y el ciudadano Juan R. de la Rosa para ocupar el segundo.

Leído el decreto que motiva la presente reunión y habiendo manifestado todos los ciudadanos presentes su explícita voluntad en favor de la prórroga de las funciones presidenciales del ciudadano Benito Juárez, se acordaron por unanimidad las resoluciones siguientes:

1ª El pueblo de la capital del estado de Tabasco apoya con toda su voluntad y con toda su fuerza, el decreto expedido el día 8 de noviembre de 1865, por el ciudadano Benito Juárez, prorrogando el período presidencial, hasta que las circunstancias de la nación permitan que se verifique constitucionalmente la elección del que deba sucederle; por consiguiente, el pueblo de la capital de Tabasco no reconoce más autoridad legítima que la que ejerce actualmente el ciudadano Benito Juárez.

2ª El mismo pueblo de la capital de Tabasco eleva un voto de suprema confianza al ciudadano Benito Juárez, por la abnegación y constancia con que ha defendido la independencia y autonomía de la nación.

Con lo que se dio por concluido el acto firmando los ciudadanos presentes, conmigo el secretario que certifico.

G. Méndez
Lic. Mariano Pedraza
Francisco Vidaña
Filomeno López de Aguado
S. G. Sanaraz
Carlos Moguel Justo
Felipe González
F. Sosa Barbosa
Tiburcio D. Vázquez M
León A. Tórrez
Prisciliano Jiménez
Isidoro Alfaro
Manuel M. Lombardini
Lic. José M. Burelo
Feliciano A. Cae
Manuel G. Fuentes
Estanislao Jiménez
A. Martínez Marní
Cornelio Castillo
Tomás Pellicer
J. M. de Codes
Isidro Delagado
Mateo Trinierete
Manuel Perales
Ignacio Mayo
Vicente Damas
Marcelino Garza

Anastasio Arjona
Timoteo Sánchez
Carlos Cebada Joaquín García
M. M. Moreno
Francisco de P. Aguilar
F. Santa Anna
P. P. Rosado Lic. Rafael Oviedo
P. A. Paillet
Payán Ortiz
J. M. Carrebino
Antonio M. Hernández
Oliverio Figueroa
José Matilde Alcocer
Ignacio Herrera
Manuel Mayo
Antonio Díaz
Victoriano Pérez
Juan de la C. Tórrez
Ricardo Piña Antonio González
Dámaso Jesús Felipe de I. López
Amado Morales Ponciano de la
Torre
Tranquilino Pérez
J. Eustaquio Chapus
José de la Rosa Contreras
Nicolás Mendoza
Pedro Fuentes

Emeterio False
J. Longino Díaz
M. Silenciaro Rodríguez
Nicolás Herrera Morales
Félix A. Díaz
Bernabé Canto
Juan Morales
Ventura Gallardo
Trinidad Sevilla
José M. Perganí
Felipe Lázaró
Juan A. Prado
Florencio Camocho
Manuel Lara y Marchena
Urbano Notario
José Jesús García
Eligio Mendoza
Manuel D. Olán
Saturno Gerónimo
Benigno Mondragón
Gregorio Cupido
J. Sanlucas Pérez
José M. García
Alejandro Loreto
José Eugenio García
Hermenegildo Chávez
Fernando Lozano
Casiano Gómez
Loreto Izquierdo
Praxedis Galicia
Tiburcio Mendoza
Pedro Sánchez
Agustín Cortés
Marcos Ceres

Toribio Osorio
Francisco Jesús
Hilario Arias
Pablo Castaldi
Vicente Jiménez
Tranquilino de la Rosa
Nicolás Hernández
S. Isac Martínez
Cenobio Jiménez
José Brandespín
Matías Mayo
Onofre García
Trinidad Hernández
Román Romero
Juan de Dios Marzapó
José M. Jiménez
Melitón López
Plácido González
Melitón Suárez
Canuto Valles
José Altamirano
Manuel de Dios
Eleuterio Jiménez
Esteban García
Eleuterio García
Gregorio Jiménez
Estanislao Martínez
Ildefonso Arias
Aniceto Oliva
Juan Garciliano
Cosme Morales
Leonardo Ramírez
Carmen Balcázar
Eleuterio Ramos

Cenobio Álvarez
Sabino Martínez
Isidoro García L.
Joaquín Téllez
Francisco Caña
Marcial Gil Mongas
Cenobio Bautista
Santiago Romero
Federico López
Bernabé Tique
Norberto Osorio
Crescencio Ramón
Telésforo Valles
Loreto Pinzón
Mauricio González
Francisco Magaña
Bonifacio de la Cruz
Andrés Bautista
Evaristo Hernández
José de la Cruz Galicia
José de la Luz Gómez
José Julián Pérez
Manuel L. de Oga
Candelario Jiménez
Sérvulo Castro
Melitón Gómez
Lino Hernández
Prudencio de la Rosa
Gil Ramos
Lázaro Mendoza
Victorio Chablé
José María Ramón
Victoriano Ramos
Pánfilo Pérez

José Osorio
Ricardo Ramón
Encarnación Oliva
Teodoro de los Santos
Ildefonso Gerónimo
E. Santa María
José A. Jiménez
Antonio de la Cruz
Agustín Jiménez
Nicolás Corso
Benigno Mendoza
Clemente Ramón
Agustín García
Juan García
Piedad Osorio
Nicolás Romero
José Agustín
Hilario Arias
Lázaro García
Catalino Osorio
Isidoro Hernández
Roque García Teodoro de los
Santos
Julio Zavala Liberato Rodas
Pedro Báez
Maximiano García
Patricio Rodas
Juan José Pérez
Prudencio de la Cruz
Saturno Gerónimo
Vicente Jiménez
Santiago Loreto
Vicente Osorio
Cosme Ral

Manuel López
Antonio García
Casimiro Ramón
Juan Mondragón Cañas
Eusebio Osorio
Eduardo Mendoza
Gregorio Domínguez
Antonio Solís
Sixto Cordero
Pablo Estrada
Victorio García
Remigio Carrasco
Justo Pérez
Teodoro Mayo
Juan Pedro León
S. Aniceto Carrera
Pedro Osorio
Francisco Carballo
Dolores Ramos
Eugenio Carrillo
Manuel Mayo
Manuel Gálvez
Natividad Rodríguez
Leonardo Caballero
Faustino Interano
I. Medrano
Ignacio Velázquez
José M. Mendoza
Cenobio Jiménez
Agustín Rocha
Cruz Sánchez
Severiano Sánchez
Francisco S. Leal
Victoriano Olivas

Aniceto Gerónimo
Ruperto Avendaño
Aniceto Jiménez y Mora
José María González
Pablo U. Ortiz
Matías Carrera
Rafael A. López
Tomás Sosa Ortiz
Domingo G. Magaña
Silvestre Peroses
Natividad Ramos
Perfecto Gil
Manuel Valenzuela
Fidencio Hernández
Emiliano L. Zurita
Victorio León
Próspero Díaz
Santiago P. Núñez
Felipe C. Zurita
Filemón Córdova
Cayetano Barriento
José María Argae
G. Torralba
C. Callejas
Juan R. de la Rosa
Secretario
Canuto Sánchez
Perfecto Díaz
Tiburcio Suárez
Froilán R. Hernández
Manuel Morales
Candelario Vera
Isaac Sandoval

GARCÍA MORALES CONFORME CON LA PRÓRROGA

Arizpe, marzo 8 de 1866

Ciudadano presidente Benito Juárez

Mi muy estimado amigo:

Hace dos días tuve la mayor satisfacción en recibir su grata fecha 23 de noviembre, en que me participa se regresó a Chihuahua y me acompaña los impresos en que se publicaron los decretos relativos a la prórroga de sus funciones como Presidente de la República, enjuiciamiento del Gral. González Ortega y la patriótica recepción que se le hizo en aquella capital.

A mediados del mes pasado recibí por conductos particulares los decretos referidos y me apresuré a acusar recibo de ellos oficialmente y en lo particular, manifestando serme sumamente satisfactorio el contenido de dichos decretos y la recepción entusiasta que se le hizo en Chihuahua. Creo serán en su poder mis cartas referidas que las dirigí por el Tucson a la Mesilla.

Hace 12 días permanezco en esta ciudad, en espera de la combinación que tengo con el Gral. Martínez que aún permanece en la ciudad de Álamos; el cabecilla traidor Salvador Vázquez, con una fuerza de 200 hombres, permanece en el pueblo de Banamichí, distante 12 leguas de aquí; el traidor indio Tanori con los suyos se ha reconcentrado a Hermosillo.

En mis comunicaciones anteriores citadas, di cuenta al gobierno de mis operaciones desde el 11 de agosto del año próximo pasado en que me encargué del gobierno en este estado por la salida del Gral. Pesqueira al

extranjero, hoy, aunque no del todo restablecido de sus males, lo espero aquí en cuatro o seis días y, desde luego, le haré entrega del mando del estado por haber concluido su licencia y yo continuaré como siempre prestando mis servicios contra el imperio y en favor de la república.

Con gusto tengo la satisfacción de repetirme de usted su afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

Jesús García Morales

ZARCO CONSIDERA LEGÍTIMA LA PRÓRROGA DE JUÁREZ

Nueva York, marzo 21 de 1866

Sr. don Benito Juárez
El Paso del Norte

Mi muy estimado amigo:

He recibido la grata de usted de 16 del próximo pasado en que tiene la bondad de explicarme las razones que tuvo presentes para expedir el decreto relativo a González Ortega.

Yo ni un momento he dudado de la sana intención ni de la convicción con que usted obra y, en cuanto a la prórroga del mandato presidencial, le repito que le tengo por legítima y que para justificarla basta el decreto de facultades extraordinarias.

En cuanto a (González) Ortega, como lo hecho con él infringe las restricciones de las mismas facultades, hubiera sido mejor no haberlo hecho.

Es verdad que él no tiene elementos ningunos y que cada día se conduce con menos tino y menos prudencia, ocupándose de hacer publicaciones de que ningún bien ha de resultar al país. Todas las cartas de México están en muy buen sentido en esta cuestión y muchos que dudan de la legalidad del acto creen que lo único patriótico es sostener al gobierno existente.

Supongo que Romero habrá impuesto a usted de la circular que aquí nos pasó (González) Ortega y de los descolones que ha llevado. Sólo están con él Patoni y Huerta, haciéndoseme incomprensible la conducta del primero. Dice que cuenta también con Negrete y el círculo de este último que está en Brownsville, donde ha visitado la cárcel y ha pagado

una multa porque lo sorprendieron echando albures. ¡El *Courrier* se apresuró a recordar que había sido ministro de la Guerra de la República!

Por el paquete anterior llegó aquí Manuel Payno y aunque las cartas de México le atribuyen el plan de trabajar porque Montes fuera nombrado presidente de la Corte, hasta ahora no sé que haya dado ningún paso aquí, donde ha sido muy mal recibido. Me ha visto y se muestra muy arrepentido de haber servido en el ayuntamiento de México y reconoce que no puede disculparse de ninguna manera. Dice que no ha traído aquí más objeto que dejar a su hijo en el colegio.

Está aquí Fernando Ortega dispuesto a seguir sirviendo donde el gobierno se lo mande. Acaba de llegar de Francia el Gral. Paz; está aquí también el Gral. don Eugenio Castro de Zacatecas, dispuesto a seguir sirviendo y hasta ahora González Ortega no ha logrado atraérselo.

Ayer tuvimos noticias de México. Ha muerto Langlais, sin arreglar la hacienda y dejando a Maximiliano con la mano suelta, mientras Napoleón le manda otro tutor. A última hora se verificaba un nuevo cambio de política en sentido ultra-reaccionario, echando en hora mala a los llamados liberales. Se anuncia un sistema de terror y se estudia un proyecto para desposeer a los patriotas adjudicatarios. ¡Ojalá y el mismo Maximiliano se encargue de ir castigando a los traidores y a los sinvergüenzas!

No creo en los proyectos que se atribuyen a Payno, ni creo que es tiempo de pensar en candidatos ni en resucitar al partido moderado que nunca ha de servir de nada, aunque veo que los que se han quedado en México y no han sido ministros del austriaco pasan por héroes de primera magnitud. Ni los que aún pelean son comparables en concepto de algunos con Mariano Yáñez y Pepe Lafragua. ¡Cosas de México!

No hablo a usted de nuestros negocios, porque creo que bastarán los informes de Romero. La idea de garantizar el empréstito hasta ahora presenta buen aspecto y han sido reprobadas las dos proposiciones presentadas en contra. Sin embargo, yo espero poco de este país y creo que no hay amor más platónico que el que nos tienen los *yankees*.

No creo en la retirada de los franceses. La ocupación de México se va pareciendo mucho a la de Roma. La última convención sobre

empleados franceses, que por este correo envían a Pepe Iglesias, me parece buena prueba de que no piensan en irse.

Acabo de ver cartas de Escobedo y está en muy buen sentido en la cuestión presidencial.

Acompaño a usted una carta de Kampfner.

Un amigo de México me dice, con fecha 25 de febrero, que se pensaba por el invasor en hacer desaparecer a usted de la escena, valiéndose de cualquier medio, que se proyectaba buscar algún bandido que se presentara a usted como para organizar una guerrilla y dar un golpe de mano. Se añade que si se llega a cometer un gran crimen, habrá un simulacro de juicio y conmutación de pena, mandándose a los asesinos a la Martinica. Por lo que pueda importar esté usted alerta y no fíe de gentes que procedan de puntos ocupados por el enemigo.

Sabe usted que es siempre su afectísimo amigo.

Francisco Zarco

GONZÁLEZ ORTEGA DEJÓ A LA LEGALIDAD EN ENAGUAS

Nueva York, abril 3 de 1866

Sr. don Sebastián Lerdo de Tejada
El Paso del Norte

Mi apreciable amigo:

Graves cuidados de familia me han impedido escribir algunas reflexiones que me inspiró el cuaderno publicado por el Sr. González Ortega en contra del Sr. Juárez y nada escribiría aún sobre ese folleto, si no hubiera yo visto que ya tratan la cuestión los periódicos imperialistas llegados por el último vapor.

No creo que el Sr. González Ortega esté satisfecho de lo que, con su protesta y con su manifiesto, hace decir a los enemigos de la independencia y acaso, aunque tarde, se arrepentirá de lo que ha hecho, mirando los amargos frutos de una conducta que será hija de buenas intenciones, pero que no por eso ha dejado de hacernos algún mal. Y demasiada pena tiene ya con las calificaciones que aquellos periódicos le prodigan, para que nadie intente agravar más su situación.

Sin embargo, diré a usted algunas de las ideas que me vinieron al leer el ya citado cuaderno, en que el Sr. González Ortega se esfuerza en atraer el anatema contra ese gobierno que, según él dice, existe en un rincón de la República.

El Sr. González Ortega lo ha dicho: el Sr. Juárez está en la República aunque en un rincón del territorio.

¿Cuál es el objeto que el Sr. González Ortega se propone, al pedir a ciudadanos residentes en Nueva York, en donde él se encuentra, su opinión sobre la prórroga de la presidencia del Sr. Juárez?

No lo comprendo.

¿Será explorar la opinión del país?

Los mexicanos que estamos en el extranjero no somos el país y apenas cumplimos con el deber de vivir expatriados por no reconocer la intervención.

¿Qué mexicanos son ahora los genuinos representantes del país?

¿Los que se hallan en las poblaciones dominadas por los extranjeros y por los traidores?

No, porque no tienen libertad para manifestar su voluntad.

Entonces, ¿quiénes pueden expresar ahora la voluntad nacional?

Los que con ningún pan, malas armas y peores materiales hacen la guerra a la intervención, sufriendo el hambre y la desnudez y haciendo toda clase de sacrificios por la independencia, sin más aspiración que ver a México libre y acaso sin más recompensa personal que el patíbulo a que los envíen las cortes marciales.

Esos son, pues, los naturales representantes del país en las actuales circunstancias; a ellos puede y debe consultar el Sr. González Ortega si quiere, en estos supremos momentos, saber el deseo de la República.

Pero veamos lo que esos jefes han dicho y han hecho después de haber recibido los decretos de 8 de noviembre.

El Gral. Diego Álvarez, jefe de la línea del sur, publicó los decretos y siguió reconociendo al gobierno; el Gral. Francisco de León, gobernador interino de Tamaulipas, vino a esta ciudad a ratificar su obediencia al Gral. Carbajal, gobernador nombrado por el Sr. Juárez; el Gral. Escobedo, gobernador de Nuevo León y general en jefe de las armas del mismo estado y del de Coahuila, envió al ciudadano Gral. Díaz de León a manifestar al ciudadano Gral. Carbajal que le reconocía como jefe de la frontera, según las órdenes de Juárez; los pueblos de la línea de oriente, su jefe el Gral. Alejandro García y el gobernador del estado de Tabasco reconocen como antes al Sr. Juárez; el victorioso Gral. Régules, en virtud de una orden del mismo Sr. Juárez, toma el mando en jefe del ejército del centro; Sonora, Chihuahua y Sinaloa, no se separan de su obediencia al gobierno del Sr. Juárez y así esa opinión de los que se baten, la única respetable en estas circunstancias, está del lado del

magistrado que con tanta constancia ha sostenido la bandera de la República, aunque haya sido en un rincón del territorio mexicano.

Pero si aún esto no fuera bastante para legitimar la presidencia del Sr. Juárez; si el artículo 128 de la constitución no lo autorizara para prorrogar su período quédale todavía en su favor el poder omnímodo que le dio el Congreso en 27 de octubre de 1862. Y para que se vea que tengo razón en creerlo así, citaré a usted un hecho muy grave, aprobado por la nación.

En virtud de esas facultades extraordinarias, el gobierno del Sr. Juárez decretó el 16 de julio de 1864 la reunión del cuarto Congreso constitucional y en esa convocatoria previno que tuvieran voto activo y pasivo los individuos del clero, los empleados federales y derogó el requisito de vecindad que se exigía para ser electo diputado por un estado o territorio.

Ahora bien, todas esas prevenciones reforman la constitución de 1867 y la ley electoral constitucional y la nación, no sólo no levantó su voz contra ese decreto del gobierno, sino que, en virtud de él, eligieron sus representantes los estados que no se hallaban dominados por la intervención y que fueron: Sinaloa, Sonora, Coahuila, Nuevo León, Chiapas, Oaxaca, Chihuahua, Guerrero, Tabasco y Veracruz en la parte que no estaba ocupada por el enemigo.

Dedúcese de aquí, que la República reconoció en el presidente el derecho, según las facultades extraordinarias con que se halla investido, de reformar la constitución. Y quien tiene derecho para hacer eso, ¿no es lógico que lo tenga para prorrogar su mandato en virtud de la constitución, para salvar esa misma constitución y la independencia de la república? Yo creo que sí.

Y sobre todo creo que, en estas circunstancias, el señor Gral. González Ortega habría hecho mejor en guardar silencio. De este modo, hubiera cumplido con un deber de patriotismo y no habría arrancado a *La Sociedad*,¹ este triste homenaje que le dirige:

¹ *La Sociedad*, México, marzo 8 de 1866, n. 987.

El personaje romano que descubrió ante el pueblo el cadáver ensangrentado de César, no hizo más daño a sus asesinos que el Sr. González Ortega a la legalidad, quitándole el manto y haciéndola aparecer en enaguas que, por su mal, no resultaron blancas.

Soy de usted su afectísimo servidor.

Pantaleón Tovar

EL AYUNTAMIENTO DE TLACOTALPAN RECONOCE
ÚNICAMENTE A JUÁREZ COMO PRESIDENTE LEGÍTIMO

Manifestación de la ciudad de Tlacotalpan

Yo, Marcos María Castellanos, notario público de la nación y secretario del H. ayuntamiento de esta ciudad, certifico y doy fe que, en las fojas 115 a la 117 del libro de actas de este mismo ayuntamiento, aparece una del tenor que sigue:

En la ciudad de Tlacotalpan, a 17 de febrero de 1866, convocado el heroico ayuntamiento a sesión pública extraordinaria, con asistencia de los jueces de paz y del ciudadano Miguel Arechavaleta, presidente del ayuntamiento, quien abrió la sesión y manifestó su objeto, a saber: publicar una comunicación recibida por el comandante militar del cantón, conteniendo una nota, fecha 1º del corriente, escrita por el ciudadano general en jefe de la línea de oriente, relativa a la gran cuestión de prolongar el período presidencial, en virtud de un decreto expedido en El Paso del Norte el 8 de noviembre último, remitido a este distrito con el fin de saber la opinión de sus vecinos sobre el particular, el cual somete ahora a la consideración del cuerpo municipal.

Leídos que fueron la comunicación y el decreto referidos, quedaron adoptadas por unanimidad las resoluciones siguientes:

Primera. En virtud de las amplias facultades de que se halla investido el Ejecutivo de la República por el Congreso de la unión, desde el 11 de diciembre de 1861, confirmados posteriormente por el mismo soberano Congreso, el ciudadano Benito Juárez, Presidente de la República, ha

prolongado autorizadamente sus funciones de conformidad con la constitución, hasta que el estado de la actual guerra permita la elección de nuevo presidente de acuerdo con el código fundamental.

Segunda. Los representantes de esta ciudad, los jueces de paz y otros ciudadanos infrascritos, reconocen al ciudadano Benito Juárez como Presidente de la República y legítimo representante de la soberanía nacional y, por lo tanto, le damos un justo y merecido voto de gracias por la abnegación que una vez más ha demostrado por salvar a la patria de las disensiones intestinas.

Con esto terminó el acta, que fue firmada en el mismo día, mes y año.

Miguel Arechavaleta	Juan Cházaro Soler
Regidor Presidente del	2º Regidor
Ayuntamiento	Juan R. Lara
Cayetano Rodríguez	4º Regidor
3º Regidor	R. Roca 6º Regidor M. Murillo
Nicolás Aguirre	Síndico
5º Regidor	Antonio María Carrillo
Mauricio Scheleski y Aguirre	Juez segundo
7º Regidor	J. J. Hernández
Miguel Forragas	Administrador de rentas
Juez primero	municipales
Ruperto Carlin	Nazario Molina
Juez tercero	F. Carballo
Francisco Medina	Por mí y mí padre
José G. Sosa	Feliciano Carlin
R. Carlin y Rosas	Santiago F. Cházaro
Francisco Carlin	José A. Bravo
Matías Málpica Terán	Mariano Reyes
Joaquín Alegre	Mariano Colina
Diego de la Peña	León Malpica
Juan J. Enríquez	Nemesio Terán
Juan Malpica	Leocadio Camocho

Julián Aguilera
Tomás Limón
José G. Lagos
José María Caberla
Darío Cházaro
Clemente Reyes
José Silva
Pascual Acosta
Manuel Beltrán
Nicolás Luchichi
Julio Castro
Ignacio Crespo
Pedro Malpica
Valentín Navarrete
Ireneo Alacio
José María López
Miguel M. Collazo
Francisco Valenzuela
Martín Lagos

Juan A. Jiménez
Florentino Silva
M. R. Canales
Ángel G. Lagos
Lino Villa Francisco Troncoso
Albino C. Ortegat
Manuel Díaz
Pedro J. Malpica
Miguel A. Carrasco
Gabriel Sánchez
Luis Porrogas
Joaquín Novoa
Sebastián A. Campos
Marcos M. Castellanos
secretario

Y, por orden del honorable ayuntamiento, levanto la presente, firmándola y sellándola en la ciudad de Tlacotalpan, el día 13 de febrero de 1866.

Marcos María Castellanos